

**Orsanic, Lucía**

*Marín Pina, María Carmen. Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos. Zaragoza, Institución Fernando “el Católico” (C.S.I.C), 2011, 401 pp.*

Reseña publicada en:  
Letras N° 65-66, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Orsanic, Lucía. “Marín Pina, María Carmen. Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos. Zaragoza, Institución Fernando “el Católico” (C.S.I.C), 2011, 401 pp.” [en línea]. *Letras*, 65-66 (2012). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/marin-pina-paginas-suenos.pdf> [Fecha de consulta:.....]

Otro capítulo importantísimo lo comportan las notas, abrumadoras en calidad, que es lo que hay que destacar, y en cantidad, aproximadamente unas 1300. No son sólo aclaraciones explanatorias y muy necesarias para nuestra mente actual tan disgregada y sin el hábito de un pensamiento acostumbrado a la lectura simbólica, sino notas que nos ubican en la polisemia de realidades que dicen algo más de una literalidad que se ofrece a simple vista.

Por otra parte, Azucena Fraboschi practica la concordancia textual, y así nos encontramos con que las Sagradas Escrituras iluminan los textos donde Hildegarda las alude sin la cita precisa por su gran familiaridad con la Biblia, o los Santos Padres, que acuden a complementar significaciones dudosas o ambiguas o de amplia polisemia cuando se trata de esclarecer simbolismos complejos. ¡Y para qué hablar de la *Concordantia* con las otras obras de la abadesa! Su comentadora nos pasea en las notas con un conocimiento y familiaridad que nos sorprende y, en ellas, Hildegarda continúa enseñándonos.

MARÍA DELIA BUISEL

**MARÍN PINA, María Carmen. *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos*. Zaragoza, Institución Fernando “el Católico” (C.S.I.C.), 2011, 401 pp.**

La hispanista María Carmen Marín Pina tuvo un papel relevante en la edición del ciclo español de los palmerines, autora de numerosos artículos y colaboradora en la realización de *Clarisel*, la base de datos de la Universidad de Zaragoza donde se pueden encontrar tres grandes secciones bibliográficas: *Amadís* (sobre literatura caballesc), *Sendebarr* (sobre el cuento medieval) y *Heredia* (sobre literatura aragonesa), bajo la dirección de Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra.

En *Páginas de sueños. Estudios sobre los libros de caballerías castellanos* (2011), Marín Pina hace una sistematización de algunos trabajos anteriores, a propósito de los libros de caballerías castellanos, revisados desde una mirada actual, del mismo modo que añade otros nuevos. Desde el comienzo, declara con honestidad la procedencia de los capítulos, citando las revistas y lugares donde tuvieron publicación anteriormente, sin alardes de originalidad, y afirma que avanzará en orden gradual, desde lo más general hacia lo particular. Aborda, a lo largo de toda la obra, motivos, tópicos, personajes y demás, no en relación con un libro en particular, sino más bien como marco teórico para una aplicación sobre cualquiera de las obras del género.

El capítulo I, “Los libros de caballerías, ficciones gustosas y artificiosas” (pp. 17-68) es el más extenso de todos y funciona como una introducción general para el estu-

dio de los libros de caballerías. En primer lugar, la autora pone de manifiesto el denuesto que hacían el Covarrubias y el *Diccionario de Autoridades* en las definiciones concernientes a los libros de caballerías, para llegar luego a la eclosión del género luego de la publicación del *Amadís de Gaula*, con los más de setenta títulos que le siguieron. A lo largo del capítulo aborda temas como el costo de este tipo de libros y la importancia que tenían en las bibliotecas —como se observa en el episodio del escrutinio de la biblioteca del Quijote—, así como también la que suponían para el negocio editorial y el desarrollo de la conciencia autoral. Esboza una poética del género donde se observan tanto las funciones prototípicas del héroe caballeresco como los recursos propios del narrador, pero destaca que, pese a compartir ciertos rasgos, cada libro es de suyo original y así se construye paulatinamente la evolución del género. Tal es su interés, que durante el Siglo de Oro conviven con libros de pastores, con novelas sentimentales, con relatos bizantinos, con los que tratan sobre cautivos, con la picaresca, con el género dialogal, con los libros de prodigios y con la lírica de los cancioneros; por lo que reciben materiales de distintas procedencias que sin duda afectan la evolución del género e incluso conciben la “contaminación” de otras formas literarias en sus propias páginas.

En el capítulo II, “El libro encontrado y el tópico de la falsa traducción” (pp. 69-84), la autora analiza este tópico que, dice, no era nuevo pero las páginas de Montalvo lo convirtieron en una forma casi obligada para el exordio del género, y así muchos autores lo adoptaron rápidamente. Las pretendidas correcciones, enmiendas y traducciones de las que todos estos libros hacen alarde se relacionan con el auge que tuvo la traducción hacia fines del siglo XV y principios del XVI, como así también con el desarrollo de la imprenta y la consolidación de las lenguas romances. De este modo, “esta floreciente actividad pudo contribuir a la actualización de un gastado y socorrido recurso que encontraba entonces su réplica en la realidad y alcanzaba con ello más visos de verdad” (p. 73).

En el capítulo III, “«Cimientos de verdad» en los primeros libros de caballerías” (pp. 85-100), Marín Pina trae a colación la importancia que tuvo el reinado de los Reyes Católicos (1474-1516) para el surgimiento de los libros de caballerías. Sostiene que el género abreva de las muchas crónicas, de los pasos de armas, de las guerras, de las fiestas y de numerosos referentes originales de la época, que se trasladaron a la categoría ficcional. No obstante, esto no significa que los libros de caballerías sean crónicas noveladas, sino que la vida por aquellos tiempos estaba teñida de muchas cuestiones dignas de llevarse a las páginas de la ficción y así, bajo el manto de la historia novelada, subyacen una serie de realidades históricas. Del mismo modo, el ideal del caballero cristiano encuentra su punto de referencia en el rey Fernando el Católico; la conquista de Granada, el último reducto moro, influye también en la concepción de un héroe que batalle en función de su rey y de su fe, en detrimento de los musulmanes.

En el capítulo IV, “La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la ficción caballerescas” (pp. 101-125), se ahonda sobre las ideas que ya se han introducido en el estudio anterior. La autora observa cómo el ideal monárquico, con todos los ritos que implica, halla sus representaciones más ricas en los textos literarios. Se desarrolla una “apología y propaganda del poder” (p. 104) cuya finalidad radica en la generación de un imaginario de la realeza como imperio, fruto de las profecías de antaño, lo que a su vez la liga a una instancia religiosa, que le provee derecho divino y la justifica como tal.

En el capítulo V, “La mitología como materia novelable” (pp. 127-168), Marín Pina se detiene en la influencia que tuvo la mitología grecolatina para la redacción de los libros de caballerías. Básicamente, la magia y las metamorfosis que son posibles en los paradigmas mitológicos se vinculan con la maravilla propia de las ficciones caballerescas, por lo que se establece una conexión entre ambos mundos, que ya no precisa de explicaciones alegórico-moralizantes. Generalmente, la forma en la que se incluye la mitología en los libros de caballerías es mediante la comparación, que presenta dos funciones: por un lado, enaltecer al héroe caballeresco y colocarlo en las filas de aquellos grandes inmortales de la Antigüedad; por otro lado, dar muestras de erudición en materia clásica. Otras veces, los mitos aparecen a manera de relatos intercalados o digresiones en medio de la historia principal, como así también pueden hacer alarde del recurso estilístico de *ékphrasis* cuando deben presentar cosas dignas de ver, que precisan una descripción detallada, en ocasiones como una suerte de puesta en abismo, pues las imágenes que se describen —en una tienda, en un escudo, en un estandarte— cuentan, a su vez, una historia o muchas. Finalmente, los monstruos caballerescos y las paráfrasis son también formas de recuperar el discurso mitológico.

En el capítulo VI, “De los géneros y diferencias de las cartas caballerescas” (pp. 169-217), la hispanista realiza un recorrido histórico por el género epistolar, desde el natural medio de comunicación epocal, pasando por su estudio en las artes retóricas, hasta decantar de modo ficcional en las novelas sentimentales y en los libros de caballerías, como recurso autoral, cuyo máximo referente está constituido por las *Heroidas* ovidianas. Marín Pina establecerá luego las diferencias entre los distintos tipos de cartas incluidas en las ficciones caballerescas, mediante una clasificación en: cartas de amores, cartas de rechazo y de ruptura amorosa, cartas de reconciliación y de declaración amorosa, cartas de petición, cartas de aviso y cartas proféticas, y cartas de batalla.

En el capítulo VII, “«Por el nombre se conoce al hombre». La antroponimia caballerescas y su retórica” (pp. 219-238), se estudia la importancia del nombre para el caballero andante, con todos los rituales que el hecho de nombrarlo implica. A partir de los textos veterotestamentarios e isidorianos, se observa la importancia de la etimología —en muchos casos, pseudoetimología— como forma de autoridad para otorgar el nombre tanto al héroe caballeresco como a los demás personajes de la historia. Juegos de palabras, significaciones ocultas con pretensiones simbólicas, profecías al

nacer que auguran grandes cosas para el niño que viene al mundo y que se corroborarán a lo largo del texto son todas técnicas de una *interpretatio* típicamente simbólica para el hombre medieval.

En el capítulo VIII, “Amazonas y doncellas guerreras, *virgines bellatrices*” (pp. 239-263), se establece la diferencia entre las dos variantes posibles de la virgen guerrera. Mientras que la amazona nace en un pueblo de mujeres belicosas, estereóticamente andrófobas y es educada para la guerra, la doncella guerrera es aquella que, por alguna razón extrema, debe calzarse las armas y salir al campo de batalla como un hombre. Este último modelo añade a las ya consabidas *fortitudo* y *sapientia* otra cualidad, la *pulchritudo*, pues se desenvuelve en un ámbito cortesano. El tópico de la *virgo bellatrix* no es originalmente caballeresco, sino que tiene sus antecedentes en romances y obras teatrales de los siglos XV y XVI; luego fue retomado e incluso sometido a variantes, originando nuevos personajes.

El capítulo IX, “La doncella andante y la libertad imaginada” (pp. 265-305), continúa desarrollando las variantes femeninas en los libros de caballerías. Define a la doncella andante como la mujer joven y soltera, en el periodo que va desde los doce años hasta que toma esposo, y destaca como rasgo principal el hecho de que salga a los caminos, oponiéndose al estereotipo genérico que las mantiene comúnmente recluidas en la casa, en el castillo, bajo la tutela del padre, del marido o del hermano, tal como se prescribía en los tratados moralistas de la época. Poseen el espíritu errante pero no el guerrero de las otras mujeres que antes se trataron y cuentan con una tradición que se remonta a los *romans* en verso de los siglos XII y XIII. La tesis de este capítulo ancla en la libertad de la que gozan estas mujeres en el camino “para disponer de su propio cuerpo, para relacionarse, para conocer y ver el mundo, una autonomía que apenas se les reconocía en la realidad, encerradas como estaban en el ámbito doméstico” (p. 275). Claro que esta libertad peligra por el “instinto diabólico de los hombres” (p. 289), que pueden someterlas sexualmente, acción que, de algún modo, está lejos de condenarse por los tratados de la época.

En el capítulo X, “*Liber monstrorum* caballeresco: los monstruos híbridos” (pp. 307-331) se estudia la figura del monstruo en los libros de caballerías como resultado de la tradición antigua, de su aparición en los bestiarios y en las historias naturales. Las causas de su génesis obedecen a múltiples a razones —humanas, divinas o diabólicas— pero en todos los casos el monstruo guarda un orden con el universo, como se ve en los tratados teológico-filosóficos de la época. El monstruo es expresión de lo maravilloso medieval y, en su costado negativo, es una de las manifestaciones del Demonio; de ahí, que el héroe tenga que enfrentarse a él como un paso obligado a lo largo de su periplo. Marín Pina introduce la categoría de “monstruos híbridos” (p. 321) para referirse a aquellos compuestos por una pluralidad de formas, unas veces tomadas de los monstruos mitológicos, otras de la propia imaginación del autor.

En el capítulo XI, “Versos laudatorios para vender un género” (pp. 333-348), Marín Pina se detiene en los típicos versos que encabezaban y daban fin a los libros de caballerías, siguiendo los modelos de los laudatorios latinos. Precisamente, ante el furibundo ataque de los moralistas, los autores del género se sirven de estos versos para reivindicar sus obras y presentan por un lado, gran estima al reinado del momento y por otro, al héroe como ejemplo cabal del caballero cristiano.

En el capítulo XII, “El público y los libros de caballerías” (pp. 349-375), se afirma que, si bien se tendió a asociar a los lectores con las gestas, los cantares épicos y los libros de caballerías, y a las lectoras con las ficciones de tipo sentimental y pastoril, hubo muchas mujeres proclives a los libros de caballerías. Tan es así, que los moralistas dejaron correr mucha tinta al respecto, advirtiendo de los peligros que estas obras suscitaban en el espíritu femenino, incitándolo sexualmente. Por otra parte, las mujeres no solo se reconocieron como grandes lectoras, sino que también las hubo escritoras del género, como se discute a propósito del *Palmerín de Olivia* y se tiene más certeza en el caso del *Cristalián de España*, de Beatriz Bernal.

Finalmente, el último capítulo XIII, “Los libros de caballerías y el Romancero” (pp. 377-396), es una muestra más de la “contaminación” entre los libros de caballerías y la lírica cortesana. Desde los comienzos, los primeros cedieron material a los segundos, conformándose así ciclos romanceados, lo mismo que existían ciclos narrativos. Por lo tanto, hay romances tanto dentro de los mismos libros de caballerías — igual que se trató antes, sobre los epistolarios— como en paralelo, en series versificadas que recogen las mismas hazañas heroicas. Por otro lado, existen asimismo romances compuestos por los mismos autores de los libros de caballerías, que resultan muy distintos de los populares, por su carácter culto, “a caballo entre la poesía del cancionero y una poesía más popular o tradicional” (p. 382). A continuación de este último capítulo, se incluye un facsímil de uno de los romances mencionados, a modo de ejemplo.

Sin duda, esta nueva obra de la renombrada hispanista Marín Pina pone a nuestro alcance cuestiones de interés, tanto para el estudiante, que encontrará en ella un discurso ameno, gradual y didáctico, como para el estudioso, que hallará no solo estudios críticos de gran rigurosidad sino también una detallada bibliografía, comentada y actualizada, sobre el tema.

LUCÍA ORSANIC